

Doble intimidad

Juego de memoria

HUMBERTO BALLESTEROS

Tusquets Editores, Bogotá, 2017, 193 pp.

UNA MÉDICA que trabaja en el asilo Hoyos Moreno recibe a un paciente que le recuerda una sombra de su pasado. ¿Quién es el escombros de la consulta? ¿Es un viejo desconocido?, ¿o es Armando Cárdenas, el mayor del ejército que torturó a Irene, el amor de su vida, y que posiblemente la asesinó por guerrillera y lesbiana? Treinta años han pasado desde la muerte de Irene y, cual funámbulo que camina entre dos abismos, la médica ahora se debate entre dos deberes: el de atender a Cárdenas con su alzheimer, apelando a su deber hipocrático y a un ideal de impavidez; o el de rechazarlo y desatenderlo, sacarle la verdad y vengarse, saldar cuentas con la memoria individual y colectiva para que este líder militar recuerde algo del crimen del que salió impune. Entonces Cárdenas queda a merced de la doctora.

Así nos acucia, nos sacude el origen de esta historia. Porque es un espejo, es una historia de la realidad colombiana o latinoamericana, una esquirola de nuestra violencia. Pero es la ficción de un libro, la historia de una doble intimidad. Es la trama de *Juego de memoria*, la segunda novela de Humberto Ballesteros, autor también de *Razones para destruir una ciudad*, obra que obtuvo el Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá 2010; de dos libros de cuentos, *Escritor en el aire* (Pluma de Mompo, 2011) y *Cuaderno de entomología* (Animal Extinto, 2017), y de la novela *Diario de a bordo de un niño astronauta* (Tusquets, 2019).

La novela tiene la forma de un diario, el de la Tortuga, como la wayuu Kulemata (Irene) llamaba a su amante médica, la narradora. Y un diario se presta para incorporar la cruenta historia de un país en la intimidad de una voz, y sobre todo es un instrumento que promete a la vez una pantalla defensiva y una venganza reparadora, estos es, una forma de vindicar. Es un diario “que comencé como un desahogo y un escape”, nos dice la doctora, y que “se ha convertido en el catalizador de mi obsesión” (p. 135). Porque lo que más

desea la doctora, al ver a Cárdenas, es “hurgar en su cabeza con un cuchillo” (p. 60), con el fin de extraer un “fragmento, ordinario para él pero decisivo para mí, de la verdad que ha, hemos perdido, para siempre” (p. 58). Pero como lectores no sabemos —junto a la médica— si es preferible destruir o enterrar la verdad, “a que permanezca intacta, pero irrecuperable” (p. 160).

Sin embargo, es preciso hacer un alto en la causa que empaña la capacidad de recordar, en la disonancia que impele y persuade al juego de memoria entre ambos personajes: el alzheimer que tiene Cárdenas. Esta enfermedad funciona como centro de fuerzas, con relación al tema del conflicto armado. Si en “cara e’rana”, como la doctora llama a Cárdenas, observamos una tensión entre la memoria que se cree perdida, el olvido y la distorsión de los hechos o la impostura de no saber si mató a Irene, en la médica se despierta el trauma de su gran amor: el ineludible nudo que es preciso, si no romper, al menos auscultar, tantear, así sea por medio del terror, del odio acérrimo. Y aquí la aparente clave es descubierta por la médica, tan afecta a leer artículos sobre los últimos estudios del alzheimer, que nos refiere en capítulos intercalados: la memoria de un enfermo permanece y no se pierde, lo que se pierde es el acceso a esta. Además la metáfora de la doctora es certera: “[...] Cárdenas sabe lo que le pasó a Irene. Que nunca lo olvidó, es solo que ya no puede entrar a la habitación clausurada donde están esas imágenes” (p. 159).

Y ya que hablamos de una metáfora y de las imágenes, hablemos ahora de la forma de la novela, de su prosa y estructura. La forma de la novela es la de un diario, sí, trufado con diálogos ligeramente inverosímiles entre un soldado e Irene, y alguna carta entre la Liebre y la Tortuga (Irene y la médica). Allí cada capítulo es breve, en promedio no pasa las dos páginas y apenas unos pocos llegan a las cuatro páginas. Por lo tanto, esa disposición permite una lectura con espacios para el lector, lo mismo que juegos de espacios en blanco en las páginas —por el lacónismo de capítulos y párrafos—, quizá con el fin de ilustrar el vaivén entre el recuerdo y el olvido. Además la prosa de Ballesteros es musical y refinada, las voces de los personajes son bien

delineadas y los cambios de humor tienen curvas, fulgentes gradaciones. Y, por supuesto, los saltos temporales también le dan ritmo a la novela, son imprescindibles para ayudar a la médica a “jugar” con la memoria y con el lector. Estos y otros rasgos del libro filtran el doloroso tema del conflicto armado y nos permiten asomarnos a nuestra violencia, columbrar caros matices.

Sin embargo, a la novela le falta calar más hondo, más profundidad, y el problema no está en su disposición ni en su voz narradora. Tal vez el núcleo único de la médica y el enfermo, pues todos los personajes están configurados alrededor de ese conflicto, vuelve la novela una línea recta sin curvas. O tal vez falta otro personaje distinto a Mercedes, la amiga y amante que aparece durante el “presente” narrado por la médica; falta otro centro tonal, otro contrapunto y nudo que contraste esa doble intimidad de la narradora, el dolor de la memoria y el riesgo que entraña el enfermo a su cuidado. Digamos que el capítulo 84 es medular; que pasajes similares, con la fuerza de sus líneas, irradian la energía de los chakras en el cuerpo del libro. Digamos que la relación de Irene con la médica está bien imbricada, la Tortuga necesitaba de la Liebre como Anteo necesitaba la Tierra en ese lugar llamado Santa Inés. Así mismo hay escenas y momentos de su historia de amor que están bien logrados, teñidos de erotismo, divertidos y sugerentes, una educación sentimental. Pero la condición de un diario exige más cotidianidad, más espacialidad interior y exterior, más alteridad —aventuras, personajes—, un lente que nos aleje y nos acerque a la relación entre la médica y Cárdenas, entre la médica e Irene. Porque sabemos que no es nada sencillo hacer que las imágenes y los motivos del libro salten de la pared y nos atemorizen, nos fascinen. Y al contrapunto referido se le podría agregar el silencio. Echa-mos de menos un silencio distinto, que resuene, unos gestos más largos e invisibles, aquello que se mueve entre las palabras con más fuerza y misterio, un silencio que rebase la elipsis. ¿Será que una trama tan políticamente correcta condicionó la soltura del autor? Conocemos la literaturita de Ballesteros, la frescura y la imaginación de su primera

NOVELA		RESEÑAS
<p>novela — con otra voz femenina—, o las de sus libros de cuentos, y nos ha malacostumbrado a la felicidad que nos deparan.</p> <p>No obstante, el motivo de la doble intimidad, el espíritu de la venganza y el dolor en la médica, la sintaxis y el lenguaje de Ballesteros, sus guiños de humor y desazón, nos llevan a continuar por sus páginas. ¿Persuadirá la médica a un viejo con alzheimer para enjuiciarlo y hacer justicia? ¿Lo matará y conservará abiertas sus propias heridas? “La clase de venganza más tolerable”, escribió Francis Bacon, “es la debida a los males que no hay ley que los remedie”.</p> <p style="text-align: right;">Diego Castillo</p>		